



2



3



4



5

Requisitos de entrada

Se prohíbe la visita al Monte Athos a toda persona de religión no cristiana. Sólo pueden pasar la noche los que pueden dar una prueba de su interés científico, artístico o religioso. Su número diariamente no puede superar las diez personas. Los visitantes pueden permanecer cuatro días (tres noches). Solicitudes: Oficina de Peregrinos al Monte Athos (Grafeio Proskyniton Agiou Orous). Calle Egnatia, 109 - Tesalónica. Tel: (0030) 2310 252 578, fax (0030) 2310 222 424, mandando fotocopia del pasaporte o del D.N.I.



con capacidad para una decena de personas. Me acompaña Jakobos Aguiografos, mi «hermano mayor» -así lo define Mara, responsable turístico de la región- y guía en «Ágion Oros». Veneciano de nacimiento, llegó hace diecisiete años a las faldas del monte de 2.033 metros después de un corto periplo por el Peloponeso y Santorini. No tomó los hábitos, aunque durante seis meses hizo el noviciado, y ahora produce el «vino santo» de Athos gracias a las 70 hectáreas que trabaja en terrenos próximos al monasterio de San Pablo. «Cuando llegué a Athos -comenta este hombre bonachón que acaba de cumplir 51 años- no entendía nada de este mundo, sólo habían pasado cinco minutos y ya estaba preguntando la hora del regreso de mi barco. Entré en el Katholikon (la iglesia principal de cada monasterio) y como no era ortodoxo un monje me invitó a salir del templo. Quería marcharme a toda costa, pero me quedé...».

Mil años sin mujeres

Jakobos se siente ahora uno más, un hombre querido en toda la comunidad de monjes. Aunque vive en Ouranopolis, «la última localidad griega», siempre es bien recibido en cualquiera de los monasterios. Califica la vida de los monjes de «muy dura» y sobre la permanente prohibición femenina en la república, denunciada por la Comisión Europea y las propias mujeres, contesta con rotundidad: «Durante mil años sólo ha habido hombres aquí y debe seguir siendo así. Sólo queremos a la Madonna que veneramos profundamente. ¿Alguien se ha

1. Atardecer en uno de los monasterios.
2. La riqueza artística es un nexo común en todos los monasterios.
3. Entrada al Monasterio de San Pablo.
4. Retrato de un monje ortodoxo.
5. Icono de la Virgen María, «La Señora» en Athos.

preocupado si en los monasterios del Dalai Lama había mujeres o no?».

Nuestra llegada a San Pablo se produce antes de la puesta del sol. En ese momento -todo en Athos se rige por las estrictas reglas bizantinas hoy vigentes- comienzan a contarse las horas del nuevo día que al estar regido por el calendario juliano tiene un desfase permanente de 13 fechas. Las puertas quedan entonces cerradas herméticamente hasta el amanecer y a continuación los peregrinos se preparan para conocer sus aposentos. En San Pablo comparto una gran alcoba, austera a pesar de su balcón comunal con vistas al Egeo, junto a otros tres viajeros. Hay calefacción, ducha, cuatro toallas individuales y luz eléctrica, aunque no siempre las comodidades son esas. Mientras tanto, los monjes, esos hombres de larga barba y negras túnicas, comienzan sus oficios religiosos dentro del Katholikon. El principal servicio es la Santa Liturgia que puedo seguir desde un banco de la entrada. Se puede estar sentado o de pie pero nadie debe cruzar sus piernas ni mostrar una postura incorrecta.

La atmósfera es lúgubre pero mágica. Sólo la tímida luz de cirios y velas deja ver los pálidos rostros de los monjes que participan cantando con energía himnos a la Madonna («Kyrie Eleison») o besando

los iconos de la Virgen, siempre con rostro dulce, o de San Juan Evangelista que presiden la entrada del Katholikon. Al fondo un Cristo Pantocrátor es testigo de esta «fiesta del hombre que busca su unión con Dios». En la semioscuridad de las tres naves se palpa la intensidad de la oración. Es un escenario casi teatral donde los iconos, las lámparas de aceite, los cirios, las cruces que suben y bajan en el templo y el intenso olor a incienso toman también un protagonismo especial entre un ir y venir incesante de los monjes. Uno se siente trasladado a otro lugar fuera del tiempo.

Tras la liturgia llega la hora del descanso nocturno -para los invitados, claro- pero un nuevo oficio espera al grupo a las siete de la mañana tras la cual se asiste a la comunión entre lo celeste y lo terrestre. Estamos ante la comida principal del día fijada a las diez y media de la mañana, aquí no existe el desayuno como tal. Peregrinos primero y monjes entran en el refectorio, buscan su ubicación sin mezclarse y todos en silencio comen mientras un monje lee un texto espiritual desde el púlpito. Patatas cocidas, aceitunas, queso, uvas, alguna legumbre, agua y un vaso de vino forman el menú de los monjes. Solo en casos excepcionales se degusta pescado y algún postre festivo. La carne casi nunca se consume. El calendario culinario de los monjes tampoco ofrece dudas: lunes, miércoles y viernes (una comida) y martes, jueves, sábado y domingo (dos). Aún así cumplen con la norma de dar de comer al hambriento y reparten al año más de 25.000 almuerzos.

Después de la comida, abandono Athos, un mundo realmente diferente donde reinan el misticismo y la oración. Cuando hablas con los monjes siempre insisten en la misma idea. No quieren que su Montaña Sagrada sea vista como «un museo vivo en un rincón perdido de la Tierra», sino un lugar para el fiel y la contemplación divina, libre de las influencias del mundo exterior.

LA ATMÓSFERA ES LÚGUBRE PERO MÁGICA. SÓLO HAY UNA TÍMIDA LUZ DE VELAS Y CIRIOS

NO EXISTE EL DESAYUNO COMO TAL. LA COMIDA PRINCIPAL DEL DÍA ES A LAS 10.30

J. CARRIÓN